

DE UNA TARDE DOMINICAL AL INFRAMUNDO DE LOS MAYA-K'ICHE

POR **LUIS FERNÁNDEZ-VERAUD**
FOTOGRAFÍAS: LUIS FERNÁNDEZ-VERAUD

La mañana había amanecido soleada y Diego Rivera se encontraba desde temprano en el comedor Versailles del hotel del Prado de la Ciudad de México. Frente a él, se erguía majestuoso un gran muro blanco que albergaría su más reciente mural al fresco. Corría el mes de julio de 1947 y el maestro Andrés Sánchez Flores, su ayudante técnico, ya había preparado la superficie del que se convertiría en uno de los espacios artísticos más importantes en la historia de nuestro país: El mural *Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central*.

Rina Lazo, una joven estudiante guatemalteca de pintura, que a sus veintiún años había ganado una beca para estudiar en la Ciudad de México, llegaba en esos momentos para convertirse en "la mano derecha" del maestro Rivera... "Cuando yo llegué esa mañana vi al maestro parado frente al muro observándolo en silencio. Al darse cuenta que habíamos llegado, se acercó a mí y me besó la mano muy cortésmente, al 'estilo francés', porque él había vivido trece años en París y tenía esas costumbres de la época." Y sin mediar mayor palabra, le dijo: "Vamos a empezar a trabajar".

La joven Rina esperaba que el maestro le mostrara el proyecto para saber por dónde iniciar, pero la realidad es que Diego Rivera no hacía proyectos para sus murales. "El mismo maestro me lo dijo un día" –señala Rina Lazo–, "Un verdadero muralista, como los del Renacimiento italiano, no hacen proyectos, porque entonces la emoción que uno pone en ese trabajo se pierde al hacer el mural. Hay que crearlo ahí mismo". Y así empezaron los primeros trazos de la geometría del mural y las zonas áureas que solo en la mente del maestro Diego Rivera surgían para dar paso a la creación artística. Y así

también inicia la historia en México de Rina Lazo, quien durante diez años se convirtió en "la mejor de las ayudantes" de Diego Rivera y quien por más de setenta años después continúa su labor artística, creando y recreando los mundos mágicos de su inagotable talento.

"El maestro iba dibujando con un carrizo de un metro y yo iba caminando junto a él con los carbonillos en la mano, –continúa Rina Lazo– para cambiárselos cada vez que se le rompían. Yo estaba fijándome qué hacía e iba aprendiendo a su lado cómo pintaba; todas esas cosas que se hacen sin necesidad de hablar. ¡Pero increíble! sin modelo, sin un trazo anterior, el maestro dibujaba como si estuviera calcando, con toda seguridad, no borraba nada... Ya que estuvo todo el muro dibujado, entonces empezaba la pintura, como se hace el fresco, siempre, de arriba hacia abajo, porque había que mojar los muros y podían chorrear y ensuciar lo de abajo, aunque el dibujo se hizo al revés, de abajo hacia arriba."

"El maestro me ponía a dibujar todo lo que eran los pequeños detalles. Si un personaje traía un periódico, yo dibujaba todo lo que había adentro. También hice todos los detalles; por ejemplo, los adornos que llevaban los vestidos, los trajes y zapatos. Un día que el maestro Rivera se fue a comer con un personaje de la época, me dijo «pinte esto en lo que yo regreso» y me dejó pintando los zapatos y calcetas del «Diego niño» que está tomado de la mano de la catrina. En eso, una turista que pasaba me ve ahí, sentada en el suelo; una jovencita pintando, y me dice: «¡Ah! ¿Usted está haciendo este mural?» Yo solo me reí y seguí pintando."

Aún cuando Diego Rivera no dejaba que ninguno de sus ayudantes pintara alguna parte íntegra de sus murales, con su "amiga dilecta" hizo una



“Frida volteó y donde me vio parada al lado del maestro hizo un gesto de disgusto, de extrañeza, y entonces el maestro le dijo: «es Rina Lazo, te la presento, mi ayudante guatemalteca.»”

excepción, que pintara parte de su cuadro-mural la Gloriosa Victoria. Esta obra de Diego escenifica la intervención de la CIA en Guatemala, a través del Movimiento de Liberación Nacional, que desencadenó la caída del Gobierno de Jacobo Arbenz.

En la parte derecha del mural hay dos anécdotas que hacen de la Gloriosa Victoria aún más guatemalteca. Hay una mujer vestida de rojo con una ametralladora en la mano, que es, ni más ni menos, un retrato de Rina Lazo como representante de la resistencia. “Diego me dijo un día: –nos comenta Rina Lazo– «traiga una blusa roja mañana». Al día siguiente llegué y me puso a posar como guerrillera, con una ametralladora de juguete que era de su nieto Juan Pablo”. En la parte superior derecha, se ve una cárcel llena de presos políticos que agitan una bandera de Guatemala. Esta parte del mural está pintada íntegramente por Rina Lazo, quien afirmó que Diego le pidió que la firmara. Él, ante la timidez de ella por hacerlo, pintó en el muro de la cárcel un corazón con su nombre y el de ella a manera de crédito. Rina Lazo tuvo el privilegio de participar en todos los murales que pintó Diego Rivera en sus últimos diez años de vida.

Otra historia paralela fue cuando Rina Lazo conoció a Frida Kahlo, sin saber que indirectamente le presentaría al amor de su vida, el maestro Arturo García Bustos. “Mientras ayudaba al maestro a pintar el mural del hotel del Prado, me dijo un día: «¿Quiere ir conmigo a comer a la casa de Frida?» porque él no decía mi casa, decía casa de Frida. Así llegué con él a su casa de Coyoacán, bajamos de la camioneta que le había regalado Henry Ford, que era muy vieja, y al chofer, Don Manuel Martínez, el maestro lo llamaba «general» porque había combatido en la Revolución como soldado, pero el maestro le había subido el

rango –nos comentó entre risas–. Cuando llegamos a la casa, entramos buscándola por todo el jardín, por toda la casa y no aparecía hasta que llegamos a la cocina. Estaba dándole los últimos toques a la comida. No es que ella no cocinara nada –se ríe– pero supervisaba a las cocineras que tenía. Nos paramos en el umbral de la cocina que estaba llena de jarritos y adornada muy mexicana. Ella con su traje de tehuala, con sus flores en la cabeza, toda arreglada porque iba a llegar Diego a comer. Frida volteó y donde me vio parada al lado del maestro hizo un gesto de disgusto, de extrañeza, y entonces el maestro le dijo: «es Rina Lazo, te la presento, mi ayudante guatemalteca». Frida asintió con una sonrisa y me saludó muy amable. Así fue mi trato siempre con Frida, muy cordial, ella muy discreta, siempre.”

Tiempo después, como al año y medio de trabajar con Diego Rivera, conoció al maestro Arturo García Bustos; “Bustos” como ella siempre le dijo. “Un día, el maestro me comentó: «Van a ir los alumnos de Frida a pintar unos telones, ¿por qué no los ayuda? Vaya mañana al sindicato de electricistas», porque el maestro decía que haciendo esos carteles para las manifestaciones íbamos a aprender a hacer murales. Cuando llegué al sindicato vi a varios muchachos y entre ellos a Bustos y luego luego me gustó, porque él era el que dirigía a sus compañeros. Siempre fue el mejor pintor de todos ellos. Después de terminar los carteles, recuerdo que era un 12 de diciembre, varios de los alumnos, Bustos y yo fuimos a la Villa de Guadalupe a pintar porque venían muchos danzantes de fuera. Nos quedamos toda la noche pintando y platicando, hasta que al amanecer nos metimos en una pulquería –se ríe– y pude entrar porque pensaron que era otro muchacho más. En ese entonces usaba el pelo corto, pantalones de mezclilla, que en esa época las mujeres no los usaban, y unos slash shoes, que eran como unos zapatos tenis que siempre utilizaba para pintar.”

“Mi primer trabajo independiente fue un mural sobre los cuatro elementos en la Logia Masónica. Hice unos desnudos muy bonitos representando al fuego, al viento, la tierra y el aire. Conseguí ese espacio porque el papá y hermano de Bustos eran masones. Pero la historia de este mural fue muy corta, porque tiempo después de haberlo terminado tiraron el edificio y con él mi mural. Todavía tengo algunas pocas fotos de ese, mi primer gran proyecto en México.”

Para 1954 Rina viaja a Guatemala a realizar su segundo mural en el bar del Club Italiano de esa ciudad... “Vieras que bien pintaba yo” nos comenta con orgullo. “Le puse Tierra fértil porque cada plantita y detalle que pinté eran de un acabado extraordinario... En ese mural pinté también dos mujeres





desnudas representando la naturaleza, pero luego decidieron quitar el bar y convertirlo en un salón de actos, y vieras qué absurda es la gente –nos comenta con tristeza–, decidieron tapar los desnudos y sobre el fresco le echaron pintura blanca y desaparecieron mi mural. Sin embargo, un primo que vivía en Guatemala me avisó y quedé muy sorprendida. Yo no podía ir, pero logré que desprendiera el mural y lo dejaron ahí tirado en el suelo. Luego vino un golpe de estado y el mural quedó por algún tiempo tirado y se llenó de hongos. Tiempo después se pudo restaurar con un técnico que habían llamado de México y le dije a mi papá que lo donara a la Universidad. Ahí se conserva en la entrada de un gran local que se llama «El Generalito» rodeado de bancas antiguas y visitado por mucha gente.”

Una vez que Rina Lazo se casa con Arturo García Bustos, se inscriben al Partido Comunista y les piden la tarea de hacer un mural en una escuela rural en Temixco, Morelos... “Yo pinté un Zapata y Bustos un mercado prehispánico, muy bonitos –nos comenta Rina–. Pasaron los años y no habíamos regresado. Cuando fuimos nuevamente, había llegado un restaurador supuestamente a arreglarlos pero los echó a perder, y todavía tuvo el descaro de firmarlos él. Nunca más volvimos a verlos.”

“Tiempo después el Partido Comunista nos hizo un nuevo encargo con los campesinos de una cooperativa ejidal en Atencingo, Puebla. Ahí íbamos con otro pintor a cambio de casa y comida. Cuando llegamos, nos instalaron en una edificación medio fea, y las camas todas feas y sucias, y nos dice el encargado: «no se preocupe, aquí solo durmió el presidente» pero era el presidente de la cooperativa, con sus huaraches llenos de tierra –nos comenta entre risas–. Y la comida la hacíamos en una fondita, y a la mesera, Bustos le puso «doña disculpas», porque cada vez que llegábamos nos decía «perdón, hoy no hay huevos». Nos daban lo que había pero casi nunca había nada, pero lo que es la juventud, nosotros estábamos felices de poder pintar.”

“En la noche nos reuníamos con los campesinos y les preguntamos qué querían que pintáramos, que nos platicaran su historia. Una vez nos contaron que había llegado un pistolero para matarlos, mandado por el gobernador, y pintamos toda esa escena. A los dos días teníamos ahí al ejército. Nos dijeron «o se van o nos los llevamos». Tuvimos que salir corriendo y rompieron todos los murales. Solo quedan unas cuantas fotos, porque afortunadamente días antes había pasado por el pueblo el fotógrafo Héctor García, si no, no habría quedado nada.”

“Años después, en 1966, el Arq. Pedro Ramírez Vázquez me mandó llamar para hacer el facsímil de los muros de Bonampak, «la ciudad maya de los muros pintados», en el jardín anexo de la sala maya del Museo de Antropología. Primero hubo un concurso de tres pintores y yo lo gané. En este tiempo realicé las calcas, los dibujos y las notas de color directamente de los murales originales de Bonampak. Fue maravilloso adentrarme en la vida de los pueblos que habitan las selvas lacandonas de Chiapas y Guatemala.

En 1995, cuando se remodela la sala maya del mismo museo, me encargaron un mural muy grande. Se trata de una pintura al temple en una superficie de cincuenta y un metros cuadrados llamado *Venerable Abuelo Maíz*, dedicado al mágico mundo de los mayas y a su libro sagrado del *Popol Vuh*. Ahí narro la creación de los cuatro hombres hechos de maíz que poblaron los cuatro puntos cardinales y

la vida cotidiana de los mayas. Creo que es lo mejor que he hecho hasta la fecha.”

El único mural que realizó conjuntamente con su amor de vida, el maestro Arturo García Bustos, fue en 1997 para el hotel Casa Turquesa en Cancún, Quintana Roo. Este hermoso mural transportable de 2.7 x 7m llamado *Realidad y Sueño en el Mundo Maya. Mágico encuentro entre hombres y dioses*, lo realizaron en “La casa Colorada”, su residencia de Coyoacán en el barrio de la Conchita.

Su obra más reciente es una explosión de color; donde los espíritus de hombres, dioses, estrellas, árboles, jaguares, tecolotes, murciélagos y quetzales conviven después de la vida. El mural, llamado *Inframundo de los maya-k'iche*, está inspirado en unas cuevas localizadas en Cobán, Guatemala, donde Rina vivió de niña. La pieza, en proceso, alude al Xibalbá, el inframundo maya del Popol Vuh, y se instalará en el museo Mexic-Arte de Austin, Texas, dedicado a la difusión de la cultura mexicana.

Con un tamaño de 5 x 3.5 metros, el mural se está pintando al temple sobre lino, “para que se pueda enrollar y transportar fácilmente”, explica su creadora. La técnica del temple fue en lo último en que estuvo pintando el maestro Rivera. A base de huevo, el temple no se ennegrece con el paso del tiempo, como le pasa al óleo.

Una historia que no puede faltar en esta conversación, es cuando en 1968 detienen a Rina Lazo para llevarla al Palacio Negro de Lecumberri... “Yo había firmado un documento a favor de los estudiantes y en contra del gobierno. En ese tiempo era guatemalteca –ahora es ciudadana mexicana-. Esa noche Bustos había ido a pintar unos carteles para el movimiento estudiantil y yo estaba sola en la casa. Tocaron la puerta y la muchacha que me ayudaba abrió, pero vio raros a los que habían tocado y metió el pie para que no pudieran entrar y los empujó cerrando la puerta. Me fue a avisar y yo le dije, «seguramente son mis sobrinos» y yo ingenua voy y les abro y se meten cinco tipos a la casa a romper todos los teléfonos. Les pedí orden de cateo y no traían nada, tampoco se identificaron. Revisaron por todos lados, me dijeron que trajera un abrigo y me subieron a una camioneta. Me pasearon por varios lugares haciendo tiempo para regresar y apresar a Bustos. Regresamos a la casa como a las 12 de la noche y Bustos no había llegado, entonces nos fuimos. Qué bueno, porque regresó diez minutos después. Esa primera noche me llevaron a la cárcel de Gobernación porque me iban a deportar. Me tomaron fotos de frente y perfil y los guardias insistían que me bañara, porque los sinvergüenzas tenían un control para poder ver a los reclusas en el baño. Obviamente no me bañé y dormí como pude.

A las 9 de la mañana me llevaron a la embajada para deportarme.

“Para entonces, Arturo le había llamado a Ruth Rivera, hija de Diego, que era amiga de Luis Echeverría, y ella pidió que me ayudara. El entonces secretario de Gobernación solo le contestó: «No puedo hacer nada más que dar la orden de que no la deporten», así se pudo evitar que me sacaran del país. Cuando ya íbamos de la embajada al aeropuerto recibieron una llamada por radio y les dijeron que me llevaran a la cárcel federal. Era una cárcel que estaba en lo que ahora es el estacionamiento de Palacio Nacional, en la calle de Moneda. Atrás de los juzgados había una puerta chiquita y ahí te metían en unas mazmorras donde no entraba nada de luz y los muros chorreaban de agua. Había una banca de cemento colorada y se supone que ahí te dormías. Ahí pasé una noche y al día siguiente me sacaron a los juzgados. Yo le dije al Juez que estaba horrible eso, que ya no me quería quedar ahí. Cómo ellos sabían que no era yo ningún gánster, me dijo «si quiere quédese sentada en aquel salón, ahí puede pasar la noche». Ya no me metieron al mismo lugar. Más tarde llegaron unos policías a disfrazarse de estudiantes. Me acuerdo que tenían como unas metralletas chiquitas que se escondían en el cuerpo. Un policía me regaló un café que me supo a gloria, no había comido nada. En la madrugada me llegaron a sacar y me metieron a un coche. Le pregunté al chofer que a dónde me iban a llevar y me dijo «a dar un paseito». Me senté y al ratito trajeron a un profesor chileno de la UNAM que venía desecho de preocupación. Nos llevaron a los dos a Lecumberri y a mí me metieron a la crujía de mujeres. Me encerró una celadora en un tejabán de lámina que estaba en el jardín. Me agaché porque no cabía y estaba lleno de colchones sucios. Me cierra y echa candado. En eso empiezo a ver lucecitas, eran los ojos de los ratoncitos...

“Ahí amanecí, la peor noche que pasé, sin dormir. Al día siguiente me mandaron a lavar las letrinas, ¡qué coraje me dio! Cuando acabé eso, veo que van llegando cinco presos políticos que yo conocía. No volví a aceptar nada de lo que me pedían. Nos envalentonamos en grupo. Total que pasé ocho días ahí encerrada, pero esos sí fueron divertidos –se ríe-. Nos llevaron a los juzgados y ahí nos juntábamos con todos los comunistas. Arturo me mandó el sábado papel y lápices para dibujar y unas piedras litográficas, donde hice varios grabados de mi paso por Lecumberri.” 

LUIS FERNÁNDEZ-VERAUD

Comunicador corporativo y fotógrafo. Hacedor de historias y amante de la naturaleza. lveraud@gmail.com